



que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habían de necesitar para que los amapasara y socorriese en sus desventuras.

—Deso es lo que yo reniego, señor Sansón, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor bachiller: sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y más que yo he oído decir, y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que entre los extremos de cobarde y de temerario, está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de haça y capellina, es pensar en lo excusado.

Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante: y si mi señor Don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna insula de las muchas que su merced dice que se ha de topa por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios; y más que tan bien y aún quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir.

—Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo deparase el cielo alguna insula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que también se dice: "Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; y cuando viene el bien, métele á tu casa."

—Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habéis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor Don Quijote que os ha de dar un reino, no que una insula.

—Tanto es lo de más como lo de menos, respondió Sancho; aunque sé decir señor Carrasco, que no hechará mi señor el reino

que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mi mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar insulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor.

—Mirad, Sancho, dijo Sansón, que los oficios mudan de costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador no conociédeses á la madre que os parió.

—Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de envidia de cristianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condición, que sabrá usar de desagrdecimiento con alguno.

—Dios lo haga, dijo Don Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto, rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso había de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyese Dulcinea del Toboso.

El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas de España, que decían que no eran sino tres y medio, que no dejaría de componerle los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composición, á causa que las letras que contenían el nombre eran diez y siete; y que si hacía cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco á quien llamaban décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraría embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso.

—Ha de ser así en todo caso, dijo Don Quijote, que si allí va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros.

Quedaron en esto y en que la partida sería de allí á ocho días. Encargó Don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolás y á su sobrina y el ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación.

Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á Don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en orden lo necesario para su jornada.



CAPÍTULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación.

viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes.

La mejor sala del mundo es la hambre, y como ésta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya á la escuela, si es que su tío el abad lo ha de dejar hecho de la Iglesia.

Mirad también que Marisancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos que me va dando barruntos que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno; y en fin, en fin mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada.

A buena fé, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, á Marisancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría.

Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual que es lo más acertado, que si de los zuecos la sacáis á chapines, y de saya parda de cartoreno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doña tal y señoría, no se ha de hallar la muchacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa séase ella señoría, y venga lo que viniera.

Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar á mayores, y advertid al refrán que dice: "Al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa."

Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballero, que cuando se le antojase la pusiese como nueva llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelarruecas; no en mis días, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la muchacha; y con este que es nuestro igual estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos, padres é hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros, y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda.

Ven acá, bestia y mujer de Barrabás, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora sin qué ni para qué estorbarme que no case á mi hija con quien me de nietos que se llamen señoría?

Mira, Teresa, siempre he oído decir á mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo.)

¿No te parece, animalía, prosiguió Sancho, que será bien dar con

LLEGANDO á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debía, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: —¿Qué traéis, Sancho amigo, que tan alegre venís? A lo que él respondió:

—Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar contento como nuestro.

—No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé que queréis decir en eso de que os holgáredes, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle.

—Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alega de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y enrucijadas, pues lo podía hacer á poca costa y con no más de quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte: sí que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

—Mirad, Sancho, replicó Teresa, después de que os hicieris miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

—Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres días con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias, porque no vamos á bodas sino á rodear el mundo, y tener dases y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oír silbos, rugidos, bramidos y balardos, y aun todo esto fuera flores de cantueso si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

—Bien creo yo, marido mío, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tan mala ventura.

—Yo os digo, respondió Sancho, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una insula, aquí me caería muerto.

Eso no, marido mío, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévase el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salisteis del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis ó os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo, que

mi cuerpo en algún gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y case a Marisancha con quien yo quisiera, y verás como te llaman a tí doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatafa, almohadas y arambales, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo?

No, sino estaos siempre en un sér, sin crecer ni menguar, como figura de paramento; y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.

¿Veis cuanto decís, marido? respondió Teresa; pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición: vos haced lo que quisieredes, ora la hagáis duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Te-



resa me pusieron en el bautismo nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mi por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razón me habían de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieran andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: Mirad qué entonada va la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugo, con broches y con entono, como si no la conociésemos.

Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó insulo, y entonáos á vuestro gusto que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quién le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos.

Ahora dice, replicó Sancho, que tienes algún familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojava de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tenías razón de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoría á cuestas, y te la saco de los rastros, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de más almohadas de velludo, que tuvieron moros en su linaje los Almohades de Marnecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

—¿Sabéis por qué, marido? respondió Teresa, por el refrán que dice: Quien te cubre te descubre; por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre,

allí es el murmurar y el maldecir y el peor perseverar de los maldicientes; que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas.

—Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida; y yo ahora no hablo de mí, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuarema pasada predicó en este pueblo, el cual, si mai no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho, son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo):

De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos representa alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es, y sólo es lo que vemos presente: y si este, á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los individuos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

—Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisieredes y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estáis revuelto en hacer lo que decís....

—Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto.

—No os pongáis á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos á vuestro hijo Sancho, para que desde ahora le enseñéis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

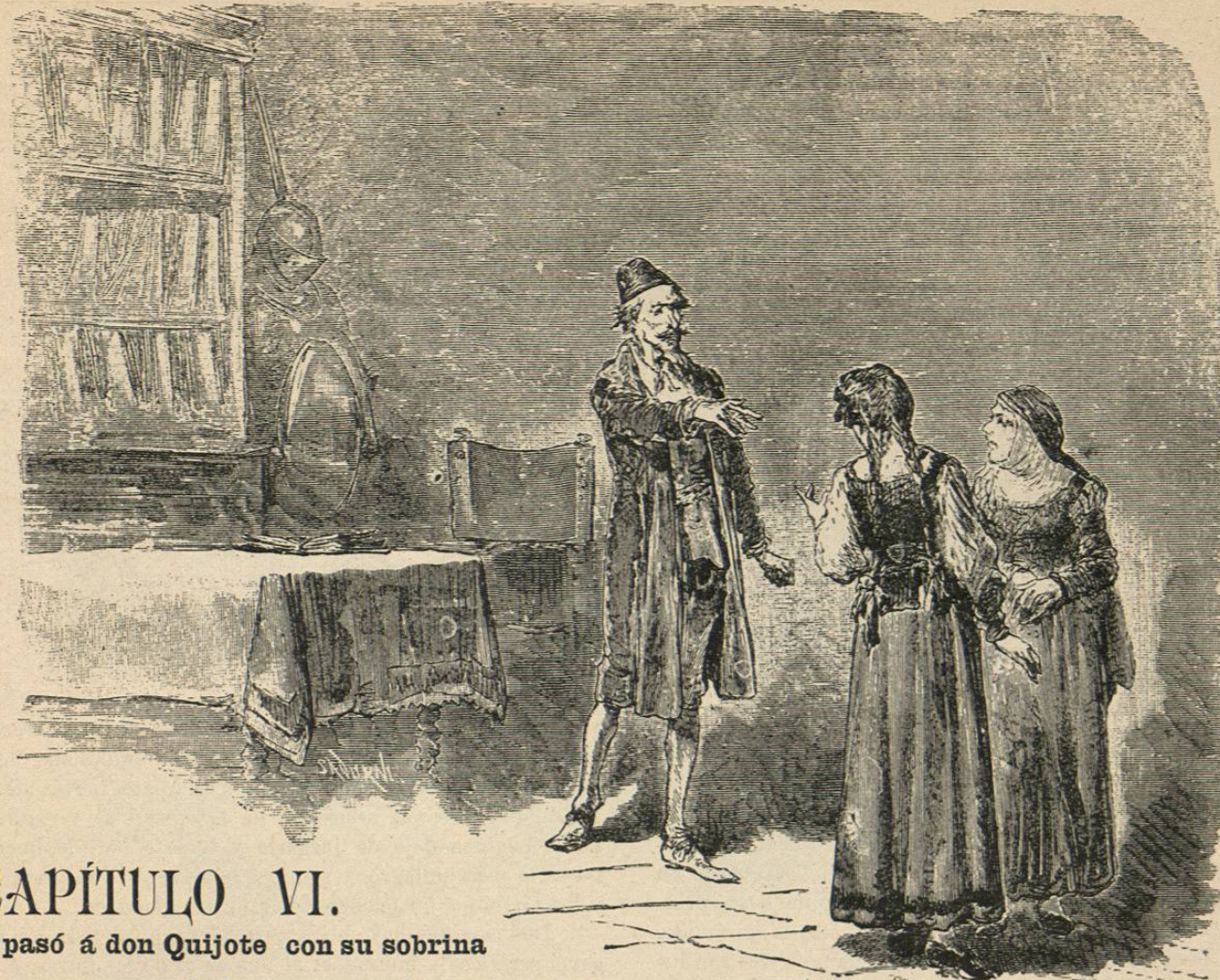
—En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviad por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen, y vistele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser.

—Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito.

—En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija.

—El día que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese hará cuenta que la entierro: pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica.

Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á don Quijote, para dar orden en su partida.



CAPÍTULO VI.

De lo que le pasó á don Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.

EN tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo, pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosos la sobrina y el ama de don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería desgarrarse á la vez tercera, y volver al ejercicio de su para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frío: con todo esto entre otras muchas razones que con él pasaron, le dijo el ama:

—En verdad, señor mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita á Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió don Quijote:

—Ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad tampoco, y sólo sé que si yo fuera rey me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada día le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, en otros muchos, es el de estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, y así no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama:

—Díganos, señor, ¿en la corte de su Majestad no hay caballeros? —Sí, respondió don Quijote, y muchos; y es razón que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostentación de la Majestad real.

—¿Pues no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la corte?

—Mira, amiga, respondió don Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frío, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de día, á pie y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sér, y en todo trance y en toda ocasión los acometemos sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva más corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algún engaño encubierto, si se ha de partir ó hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí; y has de saber más, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no sólo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar

en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón lo ha de acometer y embestir; y si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas acuchilladas de acero, como yo las he visto más de dos veces.

Todo esto he dicho, ama mía, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y sería razón que no hubiese príncipe que no estimare en más esta segunda, ó por mejor decir primera especie de caballeros andantes, que según leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no sólo de un reino, sino de muchos.

—Ah, señor mío! dijo á esta sazón la sobrina, adviérta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres.

—Por el Dios que me sustenta, dijo don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo qué? ¿es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes?

—¿Qué dijera el señor Amadís, si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oído que no te fuera bien dello, que no todos son corteses ni bien mirados, algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que reventan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que apostan mueren por parecer hombres bajos: aquéllos se levantan ó con la ambición ó con la virtud; éstos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones.

—Válame Dios! dijo la sobrina, ¿qué sepa vuesa merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito ó irse á predicar por esas calles, y con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres?

—Tienes mucha razón, sobrina, en lo que dices, respondió don Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo.